

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. *Correo de París*, por La Condesa de Almagro.—*La Resignacion*, por D.^a Angela Grassi.—*Poesía*, por D. P. J. Peña.—*La Cruz del Olivar* (continuacion), por D.^a Faustina Saez de Melgar.—*El Manzanillo*.—*Teatros*, por D. Diego de Rivera.—*Labores*, por D.^a Joaquina G. Balmaseda.—**LÁMINA:** *Grabado de Labores*, núm. 61.

CORREO DE PARÍS.



HACE tanto tiempo que no te escribo, mi querida Aurora, que estoy temerosa de que olviden mi nombre las lectoras de EL CORREO. Para reanudar nuestra grata correspondencia voy á hablarte de algunos salones de París, asunto siempre agradable para las señoras, y que aunque no sea de un interés palpitante para la generalidad de las españolas, es de bastante importancia en la alta é ilustrada sociedad madrileña.

No te entretendré con los detalles de fiestas dadas en el gran mundo parisiense: mi círculo es mas reducido, aunque para mí mas interesante: vivo entre mujeres artistas, y como el arte no tiene patria, sus nombres son y deben ser conocidos en toda Europa.

Consagraré hoy mi relato á la funcion dada por el ilustre poeta Lamartine en obsequio de nuestro compatriota Huerta, el célebre guitarrista. Tú habrás oido sin duda, que era uno de los cantantes mas afamados de su época. Una noche, en Madrid, al retirarse del teatro, se sintió atacado de una afeccion tan fuerte á la garganta, que perdió completamente la voz.

Buen músico y artista de corazón, quiso deber al arte, aunque en otro género, su gloria y su fortuna, y en la imposibilidad de dedicarse á un instrumento que requiriese grandes estudios, escogió la guitarra. La guitarra en manos de un español es un instrumento delicioso: en las de Huerta, como dice Mme. Girardin, es una orquesta entera que arrebató, que hace vibrar las cuerdas mas sensibles del corazón humano.

Mr. de Lamartine recibe con un aire de majestad digno de un soberano, pero dá á su acento una dulzura, una benevolencia y una melancolía tan simpáticas, que hace bien

pronto olvidar al grande hombre para no contemplar en él mas que al poeta desgraciado.

Desde la muerte de Mme. de Lamartine hace los honores de la casa su sobrina, Valentina de Cessia.

La vida de la que fué compañera del ilustre poeta, si bien no ofrece las peripecias que sirven de asunto á una novela, no por eso dejó de participar de épocas de felicidad, de lágrimas, y sobre todo, de la afeccion y constancia de una buena esposa.

María Ana Elisa Birch, que pertenecía á una rica familia inglesa, católica, unió su suerte en Italia, en 1820, á Mr. de Lamartine, que aunque jóven, era ya célebre por su talento.

Poco despues de su matrimonio pasaron á Nápoles, y en seguida á la isla de Ischia, delicioso oasis de verde follaje, nacido entre las ondas azuladas del Mediterráneo, que Lamartine tanto ha ensalzado en sus versos, y allí pasaron la luna de miel.

Cuando vinieron á Francia, en 1821, traian consigo un niño que, nacido en el suave clima de Nápoles, no pudo resistir los rigores de otro mas frio y nebuloso. Esta fué la primera desgracia que afligió el corazón de la jóven madre. Dios para consolarla la concedió poco despues una niña.

Julia crecía bella, feliz, adorada de todos, dibujándose ya en su frente un reflejo de la gloria de su padre, pero por desgracia, el suelo de la Francia debía ser tan fatal como á su hermano á aquella flor de hermosura, de gracia y de inocencia.

Entonces fué cuando Lamartine, para disputar á la muerte esta preciosa mitad de su vida, emprendió su viaje á Oriente, magnífica odisea, principiada bajo los mas risueños auspicios, y que debía terminar en bien próximo luto. Julia, como sabes, murió en Oriente.



Desde aquel triste suceso Mad. Lamartine consagró su vida á consolar, amar y sostener á aquel de quien era amante y fiel compañera, y á buscar las miserias ocultas y vergonzantes para aliviarlas en memoria de la hija á quien lloraba, hasta su fallecimiento en Mayo de 1863.

La fisonomía de Mad. Lamartine era bella, dulce y simpática: al mas tierno de los poetas contemporáneos, no podía Dios conceder otra compañera mejor que el mas tierno de sus ángeles: el ángel de la caridad.

El círculo que rodea á Mr. de Lamartine es numeroso y escogido: á la reunion de que te hablo asistían la condesa de Peironnet, señora de tanto mérito como talento; la marquesa de Saint-Hilaire; la baronesa de Chamborant; la condesa de Mercy d'Argenteau, que vestía de blanco, y la duquesa Colonna, que llevaba un vestido de poult de seda carmesí, escotado en cuadro, con un fichú María Antonieta blanco y negro, y una camelia blanca en la cabeza; y otras muchas damas tan hermosas por su figura como distinguidas por sus títulos. La duquesa Colonna es una célebre escultora bajo el nombre de Marcelo.

No me queda espacio para hablarte de otros salones, pero como el tema obligado de nuestras conversaciones es la Moda, te citaré, para concluir, un magnífico vestido de baile (*Figurín núm. 845.*)

Es un vestido de tafetan blanco, con el cuerpo escotado en redondo, guarnecido de junquillos de raso color de boton de oro, que siguen la forma del escote. La manga es de tafetan, corta, y va orillada de raso.

El vestido de encima es de tul blanco bordado: su cuerpo va mas escotado que el de tafetan, y está guarnecido de una berta plegada, orillada de raso y adornada de patas de lo mismo.

El talle es corto y redondo, con cinturón de raso amarillo.

La falda de tul es lisa de adelante, y va guarnecida de una tira de raso amarillo que forma picos, adornada de una blonda blanca, puesta lisa. Una guarnicion rizada de raso, va puesta en la misma figura de picos á cada lado del delantal, y en su centro se colocan de trecho en trecho grupos del mismo raso.

La parte de atrás de la falda va completamente bullonada, cortada y dividida por tres tiras de raso, cubiertas de blonda blanca. El bajo de la falda termina por un rizado doble de tul, orillado de raso.

El peinado que corresponde á este traje es levantado el pelo y con rizos que sombrean la frente. Bandó y tapamoño de raso, boton de oro, con una pluma blanca que cae por detrás.

Como traje de casa te recomendaré un vestido redingote, de un nuevo reps de seda, llamado camaleon. El talle es corto, la manga justa; la falda va cortada al biés, sin pliegues. El cuello, vueltas de manga, la tira que adorna la parte de adelante y el bajo de la falda son de terciopelo azul con vivos de seda, figurando cerrada por delante con dos hileras de botones de nacar.

Este traje puede servir para calle con un sombrero de terciopelo azul de fondo redondo y poco levantado, ala lisa y bridas atadas debajo de la barba.

Para traje de niña nada mas lindo que un paletot plum y falda de paño *moutoné* blanco. La falda va plegada á la griega. Los adornos son de terciopelo grana, y del mismo color es la saya.

Un sombrero redondo, sin ala, de fieltro blanco, con terciopelo grana termina el traje.

LA CONDESA DE ALMAVIVA.

INSTRUCCION.

LA RESIGNACION.

Hay una casta virgen que nos acompaña en las peregrinaciones amargas de la vida, que nos ofrece su blando apoyo, y mostrándonos á Jesucristo agobiado bajo el peso doloroso de la cruz bendita, nos ayuda á llevar la nuestra hasta el Calvario.

Ella es la que comparte el duro trabajo del pobre, ofreciendo sin cesar á sus cansados ojos el cuadro risueño del domingo, las sencillas fiestas de familia, el rostro apacible de su esposa y de sus hijos; ella es la que vela á la cabecera del lecho del enfermo, ofreciendo á sus ojos, como en un mágico espejo, las alegrías sublimes de los cielos.

Ella es la que derrama el balsámico néctar en el cáliz de los afligidos; ella es la que suaviza las aceradas puntas de nuestra corona de espinas!

¿Quién no conoce esta bellísima virgen, que es la Resignacion santa y bendita?

¡Oh, Resignacion sublime, dichoso el que te llama y te acoje en su regazo; dichoso el que presta oído á tu consolador acento!

¡Sin tí seria intolerable hasta la ventura mas perfecta, porque al fin la ventura mas perfecta es de este mundo, y está cercada de angustias y sinsabores; contigo se dulcifica la desgracia y pierde sus horribles atributos!

El mundo es un Océano de lágrimas, ¿quién lo ignora?

¡Gimen los ricos, gimen los pobres, y los ecos de la creacion, solo repiten los lamentos, del que se titula su Monarca!

Dichosos los que te invocan, Resignacion sagrada, ¡dichosos los que te aman, y asidos de tu aéreo manto, atraviesan los eriales espinosos de la vida!

Modelo sublime de esta virtud preclara fué la infeliz doña

Juana, llamada la Beltraneja, hija de D. Enrique IV, Rey de Castilla, y de D.^a Leonor de Portugal.

La barquichuela que sin velas ni timon vaga perdida por los revueltos mares, siendo juguete de las olas, que ya subiendo encrespadas y mujidoras la arrojan hasta las nubes, ya replegándose sobre sí mismas la precipitan en el insondable abismo, ofrece una imagen fiel de lo que fué la existencia de esta Princesa desgraciada, víctima del carácter débil é irresoluto de su padre, víctima de los caprichos de su madre, víctima de los opuestos bandos que talaron durante muchos y muy dolorosos años los campos de Castilla.

Dejemos á la severa historia que aquilate sus derechos justos ó injustos á la corona, dejémosla que deslinde si debía ó no debía llamar padre al que ella estaba acostumbrada á amar y á reverenciar desde niña, dándole tan dulce nombre. Fuesen cuales fuesen las culpas de los autores de su vida, D.^a Juana era por sus propias y esclarecidas virtudes, digna de un elogio y acatamiento que no encontró en el mundo.

Débil escudo, frágil bandera, bajo la cual se amparaban, ya uno, ya otro de los opuestos bandos que destrozaban el reino; ensalzada á veces, y á veces perseguida; rodeada de servidores que la tributaban el incienso de una servil adulacion, ó motejada y abandonada vilmente, segun convenia á sus intereses del momento, D.^a Juana probó desde su mas tierna edad la hiel de los desengaños, tocó con sus manos la nada de las pompas mundanas, y aprendió á conocer la volteriedad ingrata de los hombres.

Causas pequeñas, producen grandes efectos. La enemistad irreconciliable de los dos privados del Rey, el marqués de Villena y el Arzobispo de Toledo, alzó en Castilla dos pendones, erigió dos tronos, consagró dos frentes con el óleo santo de los Reyes.

La suerte se decidió por Isabel, la grande Isabel, á quien apellidaron luego la Católica. ¡La Providencia supo sin duda por qué puso en sus manos aquel cetro, que debía levantarse á la vez sobre dos mundos!

Sea como quiera, el Arzobispo de Toledo se declaró partidario de Isabel, y esto bastó para que el marqués de Villena se declarase por D.^a Juana, con aquel ahinco y energía propios de su carácter indomable.

Para asegurarse una alianza poderosa, trató primeramente del casamiento de esta Princesa con su tío el Rey de Portugal, y despues no pareciéndole bastante fuerte su apoyo, prefirió el de la Francia, acogiendo las pretensiones del duque de Berri.

Logró su intento, y se verificó el matrimonio en el Valle de Lozoya, en presencia de una corte numerosa, congregada al intento; pero mas que alegres esponsales, fueron para la infeliz Princesa pruebas de amargura, pues los Embajadores del Duque exigieron al Rey y á la Reina juramento de que era su hija legítima, y aunque ambos lo prestaron, la humillacion de Juana no fué por esto menos grande.

Por colmo de infortunio, murió el Duque antes que su esposa saliese de Castilla, quedando viuda y doncella al mismo tiempo.

Quiso entonces el Marqués recurrir de nuevo al Rey de

Portugal; pero éste, descontento con el agravio recibido, no admitió ninguna de sus proposiciones. En semejante conflicto, puso los ojos en D. Enrique Fortuna, sobrino del Rey de Aragon.

D. Enrique era jóven y apuesto: Juana le amó, como se ama en los primeros albores de la vida.

Por un momento se halagó con la idea de haber hallado un alma compañera de la suya; por un momento se embriagó con las castas delicias de un amor correspondido. ¡Engañosa ilusion, vana esperanza!

Cuando estas negociaciones estaban ya muy adelantadas, el ambicioso Marqués las rompió bruscamente, para entablar otras nuevas con el Rey de Portugal, que ya parecia mostrarse mas propicio á sus deseos.

Pero esta vez Juana, escudada con su amor, opuso una digna resistencia á sus manejos.

El Marqués era tenaz, y no desmayó por esto.

Dueño de la voluntad del Rey, la hizo sufrir toda clase de persecuciones, ya encerrándola en una fortaleza, ya queriéndola imponer su voluntad por medio de mandatos injuriosos.

Entretanto el Arzobispo triunfaba, sino en el ánimo del Rey en el ánimo de los pueblos, que aborrecian el arbitrio y despótico yugo del Marqués; engrosábase considerablemente el partido de Isabel á espensas del de Juana, y ésta vió con dolorosa sorpresa pasar uno á uno al opuesto bando, á los servidores que creia mas adictos, á los amigos á quienes amaba, y, por último, al mismo Enrique, que se dejó seducir por las promesas de magníficas compensaciones que le hizo el Arzobispo de Toledo.

Estaba Juana en Toro cuando supo la fatal noticia.

Quedó inmóvil, muda, con el alma traspasada.

Trascurridos algunos momentos, se postró de rodillas, y exclamó entre lágrimas y sollozos:

—¡Dios, que nos das los bienes nos los quitas; hágase tu voluntad, bendito sea tu nombre!

Escribió á Enrique una tierna carta de despedida, enviándole su perdon, y fué á ocultar su dolor en un convento, resuelta á tomar el velo, y á consagrarse á Aquel cuyo amor jamás engaña.

Murió entretanto el Marqués de Villena, murió el Rey, y D.^a Isabel y D. Fernando fueron aclamados, con gran contentamiento de los pueblos, Monarcas de Castilla.

Pero, ¡cosa estraña! aquel mismo Arzobispo de Toledo que tanto habia trabajado en su favor, mal satisfecho con las mercedes recibidas de los Reyes, se unió secretamente con el nuevo marqués de Villena, y juntos hicieron proposiciones al Rey de Portugal, ofreciéndole la mano de Juana y la corona de Castilla.

Dióles oídos el portugués, introdujose inmediatamente en España al frente de un brillante ejército, y penetró hasta Plasencia, en donde se hallaba Juana, á quien sus partidarios acababan de arrancar del claustro.

Desposóse allí con ella, pasó despues á Arévalo; Zamora y Toro, se le entregaron sin resistencia; pero en aquel punto fué sorprendido por Fernando con sus valientes tercios, quien atajó el curso de sus victorias.

Varias fueron las vicisitudes de esta sangrienta guerra,

pero se terminó con la famosa batalla de Toro, ganada por Fernando en 1.º de Marzo de 1476.

Retiróse á sus Estados el Rey de Portugal, imposibilitado de continuar la guerra, y aunque mas tarde volvió otra vez á probar fortuna, otra vez tuvo que retirarse y pedir la paz, que solo obtuvo de los Reyes Católicos con la condicion de renunciar sus pretensiones al trono de Castilla, y abandonar á D.^a Juana.

La infeliz Princesa, ludibrio de la suerte, víctima incesante de las ambiciones que se agitaban en torno suyo, no habiendo podido conseguir la rehabilitacion de la dispensa para realizar su matrimonio, concedida por el Papa y anulada despues, se retiró definitivamente del mundo, y tomó el hábito en el Monasterio de Santa Clara de Coimbra.

Vivió allí muchos años, dedicada á prácticas piadosas, y pagando al mundo en infinitas obras de caridad los desagüos que habia de él recibido.

Nunca se alteró su mansedumbre y su dulzura; nunca desapareció de sus labios la melancólica, pero benévola sonrisa. Su aspecto era triste, pero resignado y tranquilo.

Cuando estuvo próxima á morir, dijo á las religiosas que lloraban en torno de su lecho.

—¡No os aflijais así: voy al lugar adonde se descansa! Jesucristo llevó su cruz; yo he procurado llevar la mia con paciencia y fortaleza. ¿Quién no tiene cruces en el mundo? ¡Ah, creed que la Resignacion es una dulce compañera, que enjuga nuestras lágrimas, mitiga nuestros dolores, y nos hace sonreir en medio de las torturas de la vida!

Aún se enseña en Coimbra su sepulcro, y el que lo enseña al viajero, siempre repite estas palabras:

—¡Aquí reposa D.^a Juana la Beltraneja, á quien nosotros llamamos la *santa*!

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

Á la Señorita

D.^a CLOTILDE AURORA PRÍNCIPE.

En vano quieres, Aurora,
Por un capricho de niña
Colgar el arpa sonora;
Deja que tu frente ciña
El laurel que la decora.

Por algo Dios al poeta
Dotó de númen divino,
Por algo su mente inquieta
No puede, ardiente cometa,
Detenerse en su camino.

Al pajarillo que canta,
Pregúntale por qué brota,
Cuando el alba se levanta,
Tanta y tan sublime nota
De su pequeña garganta.

Y te dirá con primor
En su sencillo gorjeo:
—Porque plugo al Hacedor,
Y como nací cantor
Hallo en cantar mi recreo.

Y así canto en la alborada
Cruzando libre el espacio,
Como al fin de la jornada
Preso en la jaula dorada
En el salon del palacio.—

¿Por acaso al ruiseñor
Nunca en la enramada oíste
Cantar endechas de amor,
Ni lejos de su amador
Gemir la tórtola triste?

Pues así en horas serenas
Y en las horas de pesar
Con notas de encanto llenas,
Clotilde, habrás de cantar
Tus amores y tus penas.

Que como el ave canora
No sabe acallar su trino,
La que ha nacido cantora
Tampoco puede, en buen hora,
Faltar á su noble sino.

Tú, que buscando consuelo
Cuando el acento elevaste
Por vez primera en el suelo,
A tu madre allá en el cielo
Tu inspiracion dedicaste:

Que en tu donosa *barquilla*
Surcando el mar en bonanza
Bogas lijera á la orilla,
Donde tan hermoso brilla
El faro de tu *esperanza*:

Y en fin, que del padre amado
El armonioso laud
Que él pulsaba has heredado,
Tienes el deber sagrado
De cantar por gratitud.

Cantar es el bello idioma
De la dulce poetisa,
Por eso á tu labio asoma
De las flores el aroma,
Y del ángel la sonrisa.

Canta, pues, al sol naciente
Cuando apunta en la mañana,
Ó cuando oculta su frente
En las cumbres de Occidente
Entre nubes de oro y grana.

Y al mar inquieto y bravío
Que en sus agitadas olas
Mece al gaillard navío,
Ó le estrella en el bajío
Con jarcias y banderolas.

Y al arroyo, hebra de plata
Que naciendo de la peña
Por la vega se desata,
Ó saltando se despeña
En ruidosa catarata.

Y con acento profundo,
Ó con canciones sencillas,
De Dios al poder fecundo,
Que hizo de la nada el mundo
Y le ornó de maravillas.

Pues ya que en tu mente inquieta
Se agita el génio divino,
Como invisible cometa,
Ostentar es tu destino
La corona del poeta.

Y en vano quieres ahora,
Por un capricho de niña,
Colgar el arpa sonora;
Deja que tu frente ciña
El laurel que la decora.

P. J. PEÑA.

LA CRUZ DEL OLIVAR.

(CONTINUACION.)

La guardesilla, como la decían en el pueblo, era una criatura preciosa; tenía en su rostro la blancura de la azucena con el carmin de la rosa; sus cabellos, de un castaño claro, y sus ojos pardos, grandes y rasgados, daban á su fisonomía una expresión encantadora, y sobre todo, lo que más admiraba en tan gentil muchacha, no era su belleza, sino su talento, su travesura, su infinita gracia. Tenía unas ocurrencias tan donosas, y unas contestaciones siempre tan chispeantes y tan oportunas, que no podían menos de ser aplaudidas de todo el que las escuchaba.

—De qué se trata, señá Chiripa, dijo la guardesa asomándose á la ventana, y apoyando los brazos en el cerco, mientras que los pámpanos de las parras acariciaban su cabeza.

—¿Para qué lo pregunta Vd., tía Macrina, si lo está escuchando desde ese púlpito? contestó la interpelada levantándose del poyo, que hasta entonces había ocupado con la madre de Clementa.

—Lo quisiera oír otra vez, por si se había Vd. arrepentido.

—No señora, yo lo que digo una vez lo repito siempre. Mi Manolo ha dado en enamorarse de su chica de Vd., y nos trae á su padre y á mí revuelto el juicio.

—Pues misté, aquí maldita la falta que hace; mi María ni le hace cara siquiera; con que no se dé Vd. tono, señá Chiripa, pues aunque nosotros seamos unos pobres guar-

das, y Vd. una labradora con dos pares de mulas, no por eso pretendemos engatusar á su Manolo; ¡bonita es la chiquilla! ya, ya!... si Vd. la oyera?

—¡Pues qué dice!... será capaz de hablar mal de él, cuando no hay en el pueblo un mozo más arrogante ni que mejor puesto vaya!... exclamó la Chiripa, chispeando de coraje sus ojillos verdes; pues aunque no quería la boda le ofendía que despreciasen á su hijo.

—Tanto como hablar mal, no señora; precisamente mi María tiene una cualidad buenísima; jamás habla mal de nadie, pero se ríe de Manolo, y cuando le vé venir por el olivar con la jerezana de alamares en el hombro y el ramo de flores entre la cinta del sombrero nos dice: «Ya está aquí mi andaluz; pobrecillo, cuando se convencerá de que no me crio para él.»

—¡Ola! con qué esas tenemos!... Desaira al amo del lugar! Oh! pues yo le aseguro á esa vanidosita que no se volverá á reír.

La Chiripa se fué de allí hecha una furia, y Macrina cambió con Clementa una mirada y una sonrisa, que equivalía á estas ó parecidas palabras: válgame Dios, cuanto humo prestan los terrones y las yuntas.

Mientras tenían lugar estas conversaciones, las muchachas bailaban á mas y mejor, dejando que llegase la noche sin haber sentido pasar la tarde.

De repente sintióse en el olivar el disparo de una escopeta.

—El Duque viene!... exclamó Macrina; esa es una señal de Mauricio.

Efectivamente, apenas había dicho estas palabras cuando apareció en un recodo del camino una lucida cabalgata envuelta en una nube de polvo; delante iba Mauricio con la escopeta al hombro.

II.

El Marquesito.

En la época á que nos referimos habitaba en su palacio de Guadalajara el Duque del Infantado, teniendo siempre en su casa multitud de caballeros de la primera grandeza que pasaban largas temporadas cazando en las magníficas posesiones del Duque, ó recreándose en aquellos amenos y pintorescos sitios.

Los que llegaron á interrumpir el baile no era el Duque, sino cinco ó seis de sus alegres huéspedes seguidos de otros tantos criados. Sin apearse de los caballos se pusieron á examinar la graciosa comparsa de muchachas que, llenas de respeto, se habían agrupado á la puerta de la casa, mientras los jóvenes, con el sombrero en la mano y los instrumentos debajo del brazo, esperaban á que se marchasen para volver á su diversion.

Empero los aristócratas no estaban de ese parecer: con una mirada se hicieron cargo de que en el grupo de aldeanas había preciosas, y creyendo encontrar allí un nuevo motivo de placer, echaron pié á tierra, y adelantándose uno de ellos, dijo con tono jovial.—Siga el baile, señores. Nosotros también seremos de la partida, si se nos admite.

Era este un caballero joven de hermosa presencia, y con

un aire tan noble y tan distinguido, que se ganaba desde luego las simpatías. Sin embargo, su familiaridad no halló mucho eco entre los tímidos lugareños, que sin atreverse á contestar, se miraron unos á otros como preguntando, quién sería el mas atrevido que se encargase de tomar la palabra.

—¡Ea! ¿Qué es esto, callais? ¿No nos hareis el honor de bailar una jota con nosotros, hermosas niñas? volvió á decir el mismo bizarro caballero.

María, separándose de sus amigas, se adelantó dos pasos, y con muchísima gracia y discrecion contestó en estos términos:

—Señor, nosotras somos unas pobres aldeanas, que nos divertimos honestamente sin ofender á nadie, bailando con los labradores del pueblo, que son los que corresponden á nuestra humilde clase, y no podemos admitir el honor que tan ilustres señores quieren dispensarnos, porque no estando acostumbradas á tanta honra, nos saldrían los colores al rostro, y se nos enredarían los piés de vergüenza y confusion antes que acertar á moverlos.

—¡Discreta es en verdad tu respuesta, hija mia! y ¿cómo te llamas?

—María, señor; en el pueblo me dicen la guardesilla, porque soy la hija del guarda del señor Duque.

—Mauricio, ven acá picaron, dijo el jóven poniéndole familiarmente la mano en el hombro. ¿Cómo tienes aquí este tesoro tan escondido? ¿No la llevas nunca á casa de tu amo?

—Pocas veces, señor Marqués, dijo el guarda: María vive tan contenta en el campo, que si alguna vez la llevamos á Guadalajara está deseando volverse.

—¡Eso es cierto, niña! exclamó el Marqués contemplando con extraordinaria atencion el rostro lleno de inteligencia y de bondad de aquella admirable criatura.

—Sí, señor; acostumbrada á ver el cielo, el campo y el horizonte por cualquier parte que tiendo la vista, no puedo vivir en los estrechos límites de la poblacion: me cansa aquel bullicio, aquel ruido incesante; porque solo me complace el escuchar el cántico de las aves y el susurro del viento, que ya tímido ó furioso resuena en el olivar.

—¿De manera, que tú no querrias venirte á Madrid? Tengo allí una madre á quien harías compañía, y que seria feliz teniéndote á su lado. ¿Quiéres venirte?

—Pídame Vd. la vida, señor Marqués, y no me pida usted que abandone mi casita, mi huerto, mis pájaros, y sobre todo, á mis ancianos padres, que no tienen mas consuelo que yo.

—¡Bendito sea su pico!... decia Macrina enjugando con la punta del delantal una lágrima de ternura que asomaba á sus párpados.

—Mira, Marqués, vámonos, dijo uno de los caballeros; hemos interrumpido la diversion de estos pobres muchachos, que ni á respirar se atreven, y ya estamos estorbando.

—Como Vds. gusten, contestó el Marqués acercándose muy pensativo al caballo, que tenia su criado por la brida.

—¡Sí, sí! divertios, buena gente, dijo el anciano; vámonos á dejaros en paz.

—Los señores pueden estar el tiempo que gusten, dijo el guarda.

—¡No, Mauricio! los dejaremos divertirse alegremente, y vamos á dar la vuelta al famoso olivar, que nos ha dicho el Duque tiene tantos olivos y tantas carreras como dias tiene el año.

—¡Así es en efecto! contestó Mauricio. A caballo ya la lúcida cabalgata; se pusieron en marcha, despidiéndose afectuosamente de los aldeanos y aldeanas, que sin atreverse á desplegar los labios, contemplaban con admiracion la gallardía de tan amables caballeros y sus elegantes trajes.

Únicamente María, que al principio se presentó serena y se espresó con mucho desembarazo, á la despedida apareció como turbada; las palabras y las miradas del Marquésito del Torrente la impresionaron, sin saber ella misma por qué.

—¡Señores, hasta otro día! dijo el Marqués saludando con la mano.

María se escondió entre sus amigas y no respondió, á pesar de que aquel hasta otro día resonó en sus oídos de una manera muy grata.

—Adios, niña, que te diviertas con tus pájaros y tus campos, dijo el anciano caballero, á quien el Marqués llamó conde de Silo.

—Dios guarde á vuestras mercedes, contestó la guardesilla, sintiendo que se le oprimía el corazon al verlos marcharse, como si se llevaran una parte de su alma.

—El baile no continuó, porque María, que era la reina de la fiesta, fué á sentarse debajo del emparrado y no quiso bailar mas.

El hijo de la Chiripa se acercó á ella, y la dijo con acento tímido:

—María, ¿quieres que te dé música esta noche?

—No.

—¿Cuándo me darás el sí?

—Nunca.

—¡Qué desgraciado soy!... no consigo agradarte, cuando daría por tí mi vida!

—¡Déjame en paz, Manolo! y véte.

—Ya me voy; ¡adios! eres una ingrata.

—¡Oh, esos hombres!... ¡esos hombres son los que á mí me agradan, y no los palurdos de Tórtola!... murmuró para sus adentros María, viendo que la cabalgata desembocaba por el extremo del olivar, tomando el camino de Guadalajara.

—Va Vd. muy pensativo, Marqués; dijo el conde de Silo al bizarro jóven.

—Es que no puedo olvidar á la guardesilla.

—¡Oh! esa niña es una perla escondida en una concha, contestó el Marqués.

(Se continuará.)

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.



VARIEDADES.

EL MANZANILLO.

Casi no habrá entre nuestras lectoras madrileñas una que no haya visto pintado el manzanillo que adorna la última decoración de *La Africana*, pero no todas sabrán el origen y propiedades de aquel árbol funesto que se cria en la isla de Santo Domingo, en Cuba, y otros puntos de América, y por eso vamos á explicárselas brevemente.

El manzanillo, según el naturalista Tussac, tiene alguna semejanza en la forma y dimensiones con el peral, así como el fruto que produce se parece mucho al del manzano. El tronco se halla cubierto de una corteza pardusca y gruesa, que á la menor incision destila un jugo lechoso, en que abundan todas las partes del árbol; este jugo, si cae sobre el cutis, produce unas ampollas que no pocas veces degeneran en úlceras malignas de muy larga y difícil curacion.

Las hojas del manzanillo son lustrosas, ovaladas y repi-queteadas por los bordes.

El fruto, parecido en el lustre y los colores á las camuesas, exhala un olor muy agradable y parecido al del limon; pero si hemos de dar fé á las aseveraciones del padre *Dutertre*, aquel fruto de tan bellas apariencias es parecido al del fatal manzano del Paraíso, con el cual le compara, llamándole manzana de la muerte y del infierno.

Mr. Moreau de Jonnes cuenta que un grumete comió una sola de sus manzanas, y en poco estuvo que no pereciese víctima de su imprevision.

Un observador quiso hacer en sí mismo una experiencia; mascó la fruta sin tragarla, y un solo pomo, ó mejor dicho, su jugo, le causó en la lengua una erupcion dolorosa.

Rochefort, despues de hacernos una pintura muy viva de la belleza y aparente suavidad del fruto del manzanillo, cuyo sabor agrada, dice: Por mucho que agrada á la vista y al olfato, es tan mortífero, que si se come, fácil es que uno se duerma, no por espacio de veinte ó treinta horas, como sucede á los que comen ciertas semillas del Perú, sino para no volver á despertar sino en el día de la resurreccion de la carne.

La sombra, sea dicho con perdon del autor del libreto y de otros muchos poetas, no es tan mortífera como aseguran, y el mismo Tussac, autor de la *Flora de las Antillas*, dice que durmió impunemente la siesta debajo del manzanillo; otro botánico hizo la prueba, y estuvo tres horas sentado al pié del tronco, sin experimentar desazon alguna.

Sin embargo, en circunstancias excepcionales seria espuesto repetir la prueba, por ejemplo, en los días de gran calor, y cuando se suda mucho.

El mayor peligro para el hombre no es comer la fruta del manzanillo, pues su mala reputacion se halla muy extendida por el pais, y si se quiere han exajerado los efectos que produce; pero los animales, que ignoran el riesgo, le comen á veces, y cuando á su vez son ellos comidos, su carne, si no venenosa, se hace mal sana, y es causa de muchas enfermedades terribles y acaso mortales.

TEATROS.

La imaginacion, cuya fuerza creadora no reconoce límites, suele formarse un tipo acabado de belleza ideal que espera ver realizado en las obras cuando de ellas se habla mucho antes de aparecer al mundo. Hace olvidar al hombre las condiciones posibles y prácticas de las composiciones humanas y le augura una perfeccion á que nunca llegan, de modo que al verlas efectivamente las juzga muy inferiores á lo que se prometia.

Aplicando estas observaciones al teatro las hallamos recientemente comprobadas en *Don Carlos*, ópera de Verdi, y en *Galileo*, drama de Pousard, estrenados hace pocos días en París, respectivamente en los teatros de la grande Ópera y de la Comedia francesa.—Locas esperanzas y exiguo resultado.

Cosa semejante ha acontecido en Madrid con el estreno de *Quiero y no puedo*, verificado durante la pasada semana en el coliseo de la ZARZUELA.

La grande reputacion de su autor, D. Luis Eguilaz; la

trascendencia de la obra, adivinada antes de tiempo; las vicisitudes de esta produccion, retirada del PRÍNCIPE cuando ya se estaba ensayando; hé aquí un conjunto de circunstancias que escitaron el interés del público haciéndole esperar un trabajo extraordinario y casi sobrenatural. Y ¿qué ha sucedido al aparecer en la escena? Lo siguiente: la obra fué escuchada con silencio y rigidez: en concepto de muchos le hizo perder la comparacion de lo que era con lo que se esperaba, al paso que otros mas desimpresionados la observaban desde el verdadero punto de vista y apreciaban sus buenas dotes á la vez que sentian sus imperfecciones. Semejante divergencia de opiniones no fué sin embargo tan radical que impidiera por dos veces salir el autor á la escena entre un nutrido aplauso por nadie contradicho.

Quiero y no puedo es un drama de tal naturaleza que no puede ser juzgado con indiferencia.

El autor, tratando de resolver un problema social, problema hoy planteado en todas las clases, ha trazado su cua-

dro valiéndose de tintas ácreas y pronunciadas, de contrastes vigorosos y decididos, de rasgos que demuestran arranque y osadía.

Con tales precedentes, á no haber tenido una felicísima inspiración para subyugar á todos, haciendo aplaudir á los mismos castigados; con tales precedentes, repetimos, no podía menos de producir vivas impugnaciones al lado de calorosas defensas, y así justamente ha acontecido. En las conversaciones particulares hay quien ataca la obra creyéndola falsa, y quien la elogia sin restricciones por juzgarla atrevida en amagar y acertada en herir: en los periódicos unos la ponen por las nubes y otros por los suelos.

Síntomas evidentes son estos de que la nueva producción del Sr. Egulaz rompe la comun medida, salva la esfera de lo vulgar, y denota la concepción de una empresa arriesgada, deduciéndose de esta premisa que la composición le honra, puesto que, aún sólo intentadas, las empresas difíciles causan tal efecto en los que las acometen.

Si nuestro encargo en este semanario fuera el de críticos y no el de narradores ó cronistas de los hechos; si pudiéramos disponer de un largo espacio en que desarrollar nuestras ideas; entonces, después de trazar una reseña del asunto, trataríamos de exponer la importancia del pensamiento, la manera de su desarrollo, los caracteres á dicho fin empleados, y los accidentes exteriores de la versificación y del estilo. No sucediendo así, nos contentaremos con decir en globo que el fin de la obra es nada menos que curar una llaga social, la de querer gastar todos más de lo que pueden, á expensas de las conveniencias y de la moral; que el argumento que á tal fin conduce, aunque no perfecto y por lo tanto sujeto á la contradicción, revela mucho de verdadero, por más que contra él protesten gentes á quienes tal vez pueda aplicarse; que las figuras tienen vida y fisonomía propias por estar copiadas de la naturaleza y no hechas de manera, como se dice en lenguaje pictórico; y por último que en el desarrollo de la acción, demasiado lento á veces, hay conocimiento de la escena; á la vez que en el diálogo, en que algunas veces se sacrifica la corrección á la verdad (no por error sino por sistema) brillan rasgos cómicos y dramáticos que arrancan general risa ó producen hondo sentimiento.

En resumen diremos nuestra opinión: *Quiero y no puedo* es una obra dramática de elevado fin y desarrollo imperfecto, pero que con sus bellezas y lunares será siempre vista con interés, aún por las mismas personas á quienes menos satisfaga. No tan conocida de antemano como lo ha sido, y con más uniforme y acertada ejecución de la que ha alcanzado, hubiera obtenido un éxito incomparablemente superior al actual.

Los actores que han tomado parte en *Quiero y no puedo* se han esforzado por dar brillantez y efecto al desempeño de sus respectivos papeles, pero no lo han logrado.

El Sr. Casañé, representando al protagonista, ha quedado por debajo de las dificultades de su carácter de hombre de negocios y conocedor del mundo. Faltóle elevación y le sobró movimiento. No dió la Sra. Lamadrid animación é importancia á su papel de madre, así como en el de las dos hijas, de tan diversa significación entre sí, dejaron mucho que desear las señoritas Genovés y Fernández. Acentuó bien el Sr. Mario el personaje del Marqués, hombre calavera y perdido, si bien á nuestro juicio con demasiado descaro y con menos buen tono del que aún en su desorden le hubiera convenido. Por su parte, en cambio, interpretó el Sr. Morales con sumo acierto, con energía y sentimiento, al joven digno, modesto y decoroso que le tocaba representar. El aplauso que recibió en la escena final, tan ardiente y prolongado como legítimo y unánime, debió alentar á este autor para seguir con esfuerzo por la senda que ha emprendido.

En un punto no hay controversia posible respecto de la representación de la obra á que nos estamos refiriendo, á saber: el modo con que se ha puesto en escena. Lujo, elegancia, sencillez, arte; todo esto se ha reunido por primera vez para una obra dramática en un coliseo de Madrid. Cualquier elogio sobre tal extremo sería pálido é insuficiente. Por lo tanto, merecen sincero aplauso tanto el director de escena que ha sabido pedir y disponer, como la empresa que ha querido conceder y gastar.

DIEGO DE RIVERA.

LABORES.

ACCESORIOS DE CUNA.

La madre cariñosa, la que lo es aun más que por la ley de la naturaleza por la tierna solicitud de que rodea á su hijo, encuentra singular placer en hacer por sí misma todas las prendas que son del uso particular de su pequeño ángel. A estas dedicamos la labor que muestra el adjunto grabado, y se compone de todos los accesorios de una cuna: ésta, que es sencillamente de mimbres, como la presenta la figura núm. 4, va cubierta alrededor de un doble volante, liso el primero y á picos el segundo, de muselina moteada con viso de tafetán de color azul ó rosa: un fleco de madroños orilla cada volante y cubre la pegadura de ellos á los mimbres.

Las cortinas, sostenidas sobre los cuatro arcos, son asimismo de muselina con fleco, y van sujetas por lazos de cinta azul ó rosa, y blanca, siendo también de muselina con

viso de color y fleco la pequeña colcha de las dimensiones superiores de la cuna. La fig. núm. 2 muestra el colchoncito, que debe estar perfectamente ajustado á la forma de la cuna, y cubrirse de una tela caoutchouc (núm. 1), y el núm. 3 ofrece el modelo de la pequeña almohada de forma semi-circular. Según el sistema últimamente adoptado, una tela de franela debajo de la sábana de abajo, y otra sobre la de encima, completan este caprichoso lecho infantil, cuyo modelo estamos seguros agradecerá más de una madre de familia.

El núm. 5 representa la cuna ya concluida.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1867.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.

